

JUAN N. LACUNZA.

A.....

I.

Desde la tierna infancia de mi vida
la llama del amor arde en mi seno,
y de ternura y de ilusiones lleno,
para el amor nací.

Tras la hermosura, sin cesar corriendo,
su amor á la existencia prefería:
y si latir su corazón hacía
dichoso me creí.

Mas sin objeto fijo mi esperanza,
sólo era mi cariño incierto y vago,
y del desdén bastaba un solo amago
para extinguir mi amor.

Mas ví tus ojos ¡adorada mía!
su lánguido mirar y su ternura
y al poder de su angélica dulzura
se eternizó mi ardor.

Do quiera que me vuelvo, allí tu imagen
en mi delirio, enagenado miro,
y murmuro tu nombre, y un suspiro
lo viene á acompañar.
No más vagar; el corazón incierto
á tí sola tus votos hoy dirige,
y en recompensa de su amor no exige
sino un tierno mirar.

Y á mi ardiente anhelar al fin piadosa
¿no te veré á mi ruego enternecida?
¿no formará la dicha de mi vida
tu grato sonreír?
Ilusión halagüeña que superas
á mi felicidad y á mi esperanza,
¡con cuánto afán mi alma en tí se lanza,
sin miedo al porvenir!

Tal vez tu pecho por mi amor herido
pagará con ternura á mi ternura,
y olvidando mis penas y amargura
feliz te adoraré.

No tendré más deseos que los tuyos,
serán mis penas las que tú sufrieres,
unos solos serán nuestros placeres,
y dichoso seré.

II.

Te miro entre mis sueños
no cual eres, severa,
sino blanda, hechicera,
cual te pinta mi amor.
En mi ilusión felice
te estrecho con mi seno,
y en tu rostro sereno
contemplo tu pasión.

Mas ¡ay! ligera vuela
mi soñada ventura.
Despierto, y la amargura
la viene á sustituir.
Apaguen tus caricias
mi devorante fuego,
y plácida á mi ruego,
me haga tu amor feliz.

Bastante delirando
en fugaces pasiones,
formaba de ilusiones

mi ventura y mi paz.
De mi amor el sosiego
la duración señala;
tus gracias y tu gala
no olvidaré jamás.

Silencioso, cobarde,
respeté tu inocencia,
moderé mi impaciencia
y te oculté mi amor.
Hoy por fin atrevido
no sufro ya más freno,
franco te alzo mi seno,
si te ofendo. . . . ¡perdón!

Cede, cede benigna
á mi rogar ardiente,
y sellaré en tu frente
mi dicha y mi placer.
Despues de los pesares
que turbaron mi calma,
haz que hoy olvide mi alma,
su amargo padecer.

Tranquilo entre tus brazos,
en tu amor embriagado
despreciaré del hado
el bárbaro rigor. . . .

Mas no, adorada, nunca,
 nunca enjugaré mi llanto;
 sólo pena y quebranto
 el cielo me guardó.

No pretendo envolverte
 en mi fatal destino;
 mi ruego al sér divino
 por tí sola alzaré.
 Déme el cielo que un día
 felice logre verte
 y de mi adversa suerte
 el peso sufriré.

Agosto 9 de 1837.

JOSE MARIA LACUNZA.

UNA ERUPCION DEL JORULLO

En el pié del Jorullo apagado,
 descansando en un trozo de lava,
 en su cumbre mi vista se clava
 y mi pecho palpita de horror.
 Esas nubes, ese humo en su cima,
 son perpétua amenaza á la tierra,
 cual se mira un anuncio de guerra
 del soldado en la frente feroz.

Este suelo ora está silencioso
 cual cadaver inmovil y helado;
 mas un tiempo, convulso, abrasado,
 se escuchaba entre llamas bramar.

En los días el sol empañaba
de ceniza y vapores un velo;
se miraba en la noche en su cielo
un reflejo sangriento brillar.

Lanzaba entonces rápidos
sus peñas hasta el sol,
y aquesta tierra trémula
sus profundos abismos descubrió.

Miraba el hombre pálido
arder su dulce hogar,
y hasta sus ayes míseros
perderse bajo el trueno del volcán.

Se ve aquí del incendio el signo fiero,
fajas rojizas surcan la montaña,
cual las heridas que enemiga saña,
estampó en el cadáver de un guerrero.

Tremenda asolación! Así en el alma
ejercen los dolores su influencia,
y cuando han devorado la existencia
la muerte nos abisma en triste calma.

Diciembre 17 de 1836.

Joaquín María de Castillo Lanzas.

LA ORACION.

(Traducción del inglés de la Sra. Hemans.)

Pregar, pregar, pregar,
Ch'altro ponno mostati al pianger note.

ALFIERI.

Niño que entre flores juegas,
cuando el bello sol declina;
tierna madre que en silencio
con afán de todo cuidas;
y tú, padre laborioso,
que al descanso te retiras,
orad antes que la angustia
emponzoñe vuestras vidas;
elevad los corazones,
y doblad vuestras rodillas!

Peregrino en tierra estraña,
 lejos ¡ay! de tu familia;
 tú, que oír la voz creyeras
 de ente amado ya nó en vida;
 prisionero, cuya estancia
 claro sol nunca ilumina;
 navegante que combates
 de un airado mar las iras;
 elevad los corazones
 y doblad vuestras rodillas!

Vencedor en lid cruenta
 que á la paz tornas amigo;
 tú, mujer que entre los muertos
 gimes de aficción movida;
 tú, mortal desventurado;
 tú, á quien colman las delicias;
 pues á todos aquel orbe
 su esplendor á par envía;
 elevad los corazones,
 y doblad vuestras rodillas!

MANUEL PAYNO.

En la orilla del mar.

Clara y serena es la tarde,
 Las ondas al dulce viento
 Alzan blando movimiento
 Del horizonte al confín.
 Tranquila, cerca á la playa,
 Se mece debil barquilla,
 Que ya levanta su quilla,
 Ó ya inclina su mastil.

Á lo lejos la fragata
 Cual blanco cisne se ostenta,
 Desafiando la tormenta
 Con sus alas de marfil.
 Es un soberbio bajel
 De tres palos: su ancha yela
 Hinchán los vientos y vuela
 En las aguas de zafir.

¡Qué dulce, Laura, es la tarde
 ¡Qué azul el inmenso cielo!
 Mira cuál tienden su vuelo
 Las gaviotas sobre el mar.
 El mar. . . . anchuroso espejo. . . .
 La nube de grana y plata
 En las aguas se retrata
 De su límpido cristal.

Mira de las quietas ondas
 La débil y blanca espuma,
 Cómo se convierte en bruma
 De las playas al tocar.
 Mira los dorados peces
 Cómo entusiasmados juegan;
 Mira cómo huyen y llegan
 Á la orilla de la mar.

Mira las conchas pintadas
 Que entapizan la ribera;
 Oye la voz plañidera
 Con que se queja el alción;
 Escucha, Laura querida,
 Un débil, confuso acento
 Que se pierde con el viento,
 De tristísima canción.

Ya las anclas se levantan,
 Cruje el mastil poderoso,

Y el marinero afanoso
 Siente la nave mo'ver.
 Se despide de la tierra
 Con melancólico canto;
 Tal vez sus ojos con llanto
 Siente el triste humedecer.

Se vá, se vá; las borrascas,
 Los vientos, las negras ondas
 Lo esperan: y penas hondas.
 Y tal vez el atahud.
 ¿Hallará segura muerte
 En el seno de los mares,
 Ó entonará sus cantares
 En un puerto de salud?

¡Pobre infeliz! luchando con su suerte
 Por los salobres mares triste vá;
 Tal vez en los escollos cruda muerte
 Al llegar á la tierra encontrará.

Y Laura ¿lo creerás? su suerte envidio,
 Su continua sozobra y padecer,
 Que es su vida feliz, junto al fastidio,
 Que lento mata mi cansado sér.

Una esperanza vaga lo ilumina,
 Feliz acaso al puerto arribará,

Y la tumba en que rápido camina,
Quieta mansión, descanso le dará.

Mas yo que tengo el ánima doliente,
Sin porvenir, sin dicha ni ilusión;
Mas yo que yerto, helado, indiferente
No siento ni aun latir mi corazón;

Nada ¡oh Laura! mi sér rejuvenece,
Ni esas brisas divinas, ni esa luz,
Ni esa nube de grana que se mece
En el espacio diáfano y azul.

Ni los peces dorados que á mi planta
Miro nadar en olas de cristal,
Ni la canción que el marinero canta,
Ni el terrífico són del vendabal.

Ni la barquilla blanca cual paloma
Que se pierde en la bruma de color,
Ni el ambiente marino, ni el aroma
De la modesta y solitaria flor.

Clara y serena es la tarde,
La brisa con blando arrullo
Levanta dulce murmullo
En las ondas de la mar.

Ven, mi Laura, á la ribera,
Que hallarás un dulce encanto,
Tú que no viertes el llanto
Ni lamentas un pesar.

Para tí, niña inocente,
El mundo es un paraíso,
Para tí tienen hechizo
Los campos, el mar, la luz.
Para tí todo es hermoso,
Sonries á la natura,
Porque eres cual ella pura,
Linda como el cielo azul.

Porque un angel con sus alas
Cubre tu apreciable vida,
Porque aun la esperanza anida
En tu limpio corazón.
Y puedes sin cruel martirio
Contemplar los horizontes,
Alzar la vista á los montes
Y tu alma cándida á Dios.

Esa luz nacarada y apacible,
El brillo de la estrella de la tarde,
El rojo mar en calma bonancible
Cuando sobre sus ondas el sol arde:

Esos pájaros blancos que revuelan
 Por la ribera triste y solitaria,
 Y esos cansados ecos que revelan
 Del mar la solemnísimá plegaria:

Esa nave que lenta entre las olas,
 Balancéandose vá sobre la quilla,
 Y el pescador que se divisa á solas
 Extendiendo sus redes en la orilla.....

Nada sacia la vista, nada agita
 El triste corazón despedazado;
 Nada conmueve el ánima marchita
 Que el porvenir sus puertas ha cerrado.

Aléjate de mí, niña inocente,
 Déjame aislado en la fatal ribera,
 Que solitario y triste yo lamente
 El porvenir de llanto que me espera.

Déjame aquí con los hirvientes mares,
 El terrible huracán, las negras olas,
 Que mientras leda entona tus cantares,
 Yo lloraré mis penas á mis solas.

VICENTE CALERO QUINTANA.

A un árbol en Invierno.

Mirad el árbol cuya sombra amena
 Era un abrigo en el ardiente Estío:
 Ya no brilla en sus hojas el rocío
 Ni el aura viene á consolar su pena.

Y como el alma en el dolor dormida
 Con dulces esperanzas se conmueve,
 Así un manto purísimo de nieve
 Baja á cubrir el sueño de su vida.

En las mañanas del Abril sereno
 Con orgullo vivífico se alzaba,
 Cuando el brillante sol le despertaba
 Bañando con su luz su hojoso seno.

Tú eras entonces la feliz morada
 Del alado cantor, tú eras su anhelo,

Y si en tus ramas descansaba el vuelo,
Allí gozó caricias de su amada.

Tus bellas flores de precioso aroma
Marchítanse entre cándidas espumas;
Baja la nieve sobre tí cual plumas
Que en su vuelo esparció blanca paloma.

Cambiará luego la estación. seguro
Elevarás la frente vencedora. . . .
¿Y al acerbo dolor que me devora
No vendrá la estación de un placer puro?

Francisco Gonzalez Bocanegra.

FLORES DEL CORAZON.

Porque las flores del alma
Si se van no vuelven nunca.

Camprodón.—["Flor de un Día"]

¡Siempre mis ojos húmedos del llanto
Que arranca al corazón el desconsuelo!
¡Un eco siempre de mortal quebranto,
Siempre un gemido de dolor y duelo!

¡Grito es que lanza el corazón herido
Por la mano cruel de los dolores;
Llanto que sin cesar ha humedecido
De mi esperanza las marchitas flores.

¡Flores del corazón! ¡flores queridas!
Aquí en mi pecho con amor guardadas,

Con el amor de una mujer nacidas,
Y con su amor también alimentadas!

¿En dónde estais que no os encuentro? ¿En dónde?
No fueron ¡ay! mis ilusiones ciertas,
Y acá en mi pecho á mi clamor responde
Una voz que me dice que estais muertas.

¿No os volverá de nuevo á la existencia
El abundante lloro que derramo?
¿No creceréis de nuevo á la influencia
De la mujer que en mis delirios amo?

Como flores del valle que galanas
Se abren bebiendo gotas de rocío,
¡Flores del corazón! así lozanas,
Creced vosotras con el llanto mío:

Que me embriague de nuevo vuestro aroma,
Que contemple otra vez vuestros colores,
Y cual canta en el valle la paloma,
Os cantaré también, ¡benditas flores!

Que mi lira con lágrimas regada
Recobre por vosotras su armonía;
Y el alma á sus delirios entregada,
Torne á gozar, como gozar solía.

Como único consuelo á mi tormento
Yo he cantado mis íntimos pesares;

Y alivio á mi dolor con triste acento
Pedí llorando al pié de los altares.

Mis cantos son la postrimera ofrenda
Que he consagrado á la mujer que adoro;
Ellos han sido de mi amor la prenda,
Prenda regada con mi amargo lloro.

Yo he vagado á merced de mi destino
Abandonado y triste por el mundo,
Y no he encontrado en mi infeliz camino
Quien comprendiera mi dolor profundo.

Y era á mi pecho bálsamo süave
Gemir, cantar mis íntimos dolores,
Como en el bosque solitaria el ave
Llora al perder sus cándidos amores.

Si en mis eternas horas de martirio
He cantado, mi Elisa, nuestra historia,
Es que siempre acompaña á mi delirio
De nuestro amor perdido la memoria.

He querido, mi bien, que mis acentos,
Que en el espacio azul se habrán perdido,
Fueran llevados por los raudos vientos
Á resonar como antes en tu oído.

Imaginaba la ardorosa mente
Que al escuchar mi cántiga sencilla,

Una lágrima acaso tristemente
Rodara por la cándida mejilla.

Ella hubiera aliviado mis dolores,
Y al realizarse mi ilusión querida,
Del corazón las agostadas flores
Hubieran vuelto á recibir la vida.

Á tí sola dijera mis pesares
Si te tuviera á tí, dulce amor mío;
Y tú sola escucharas los cantares
Que sin cesar en mi dolor te envío.

Te dijera en secreto mis amores
Sin más testigo de mi amor que el cielo,
Y al confiarte mis íntimos dolores,
Te pidiera en secreto mi consuelo.

Y unidas nuestras almas por los lazos
Que no pudiera desatar la suerte,
Me sorprendiera alegre entre tus brazos,
Amor soñando, la temida muerte.

Atrevida la mente ora se lanza
En pos de una ilusión, la vé risueña
Cual un tiempo brillar en lontananza.
¡Cual un tiempo también la mente sueña!

Tras densa nube mi ilusión se esconde,
Do quier la busca mi mirada incierta,

Y una voz si la llamo me responde:
"Está la flor de tu esperanza muerta."

Entónces el corazón lanza un gemido,
Vuelvo á pulsar mi desacorde lira;
Y al compás de su acento dolorido
De nuevo el alma de dolor suspira:

Y sin tener á quien confiar mis penas,
Elisa á tí mis cántigas envío;
A tí, mi bien, que en horas más serenas
Sensible fuiste al acento mío.

Si llegaren á tí, si se estremece
Al escucharlas con recuerdos tu alma,
Piensa que al pecho que por tí padece
Sólo tu amor le volverá la calma.

Mas de mi lira romperé las cuerdas
Si su vibrar tristísimo te enoja,
Cuál destrozaste, Elisa, ¿lo recuerdas?
La flor del corazón, hoja por hoja.

Pronto cual ella acabará mi vida;
No quiero, no, que ante mi tumba llores;
Pero al verme espirar, compadecida
Vuélvele al pobre corazón sus flores.

Francisco Granados Maldonado.

LA ORACION DE MARIA.

Lenta la luna en su apacible vuelo
Con majestad se eleva del Oriente,
Y se ve tras la nube trasparente
Como una virgen al través de un velo.

Del claustro entre los pálidos cristales
Penetran como ráfagas sus luces,
Y de las tumbas en las altas cruces
Reflejan como antorchas funerales.

Miro una virgen en el claustro entonces
Y en medio del silencio la contemplo,
Postrada, en tanto que repite el templo
En la bóveda el eco de sus bronces.

Ella sola en el claustro silencioso
Está elevando su oración bendita;
Allí la dulce religión habita,
Allí consigue el corazón reposo.

La oración que levanta la doncella
Mientras el polvo de la muerte moja
Con llanto de dolor y de congoja
Es al Eterno la oración más bella.

Me parece que el angel de la muerte
Está velando del mortal el sueño,
Y llorando al mirar en el ensueño
Dormir al hombre que el dolor no advierte.

Hermosa es la plegaria que en la noche
Las vírgenes elevan á la gloria
Del mortal infeliz á la memoria,
Mientras se rompe de la flor el broche.

Aquí en el claustro, fuera del tumulto
Del mundo y de sus falsas ilusiones,
De religión se entonan las canciones
Al tributar á Dios ferviente culto.

Los astros como lámparas brillantes
Alumbran el hermoso firmamento,
Mientras se eleva el misterioso acento
Mas allá de esos astros rutilantes.

Aquí, junto á las tumbas de los hombres,
Donde se entrega á meditar el alma,
Sienten los corazones dulce calma
De amor y gloria sin oír los nombres.

Aquí la virtud santa, esplendorosa,
Brilla en la frente de la virgen pura,
Como brilla la estrella que fulgura
En medio de la noche silenciosa.

En tanto que dirijo mi plegaria
Que los gemidos de los hombres lleva,
Cuando la virgen su oración eleva
En medio de la noche solitaria.

—
Sér eterno que en niebla divina
Entre augusto misterio te velas
Y cercado de arcángeles vuelas
Viendo el sol á tus plantas rodar:
Oye el ruego que el hombre levanta
Porque se halla perdido en la pena,
Como grano de fragil arena
Que en las olas se pierde del mar.

Infeliz, en el mundo desierto
Sin mirar por qué senda camina,
Agobiado de duelo se inclina
Y no puede su faz levantar.
Y derraman sus ojos el llanto,
Porque siente pesada cadena;
“Es un grano de fragil arena
Que en las olas se pierde del mar.”

Por do quiera, del mundo engañoso
Le persiguen las fieras pasiones:
Le rodean do quier ilusiones
Á la tierra su frente al bajar.
En el sueño del mal delirando
Su alma en medio del mal se enagena;
“Es un grano de fragil arena
Que en las olas se pierde del mar.”

Siempre viendo las flores del suelo,
Sólo mira el placer que le engaña;
Sólo siente ese llanto que baña
Su mejilla doliente al mojar,
Sin gozar de la idea que convida
Á llorar en la noche serena;
“Es un grano de fragil arena
Que en las olas se pierde del mar.”

No ha mirado la luz de los astros
Que iluminan el cielo fulgente,
No ha sentido en su cándida frente
De virtud las ideas cruzar.
Y por eso delira perdido,
Y por eso á la suerte condena;
“Es un grano de fragil arena
Que en las olas se pierde del mar.”

Desgraciado del hombre que existe
Sin gozar del placer de la vida,

Infeliz del que tiene perdida
 La esperanza feliz de gozar.
 Desgraciado de aquel que no llora
 Y las viles pasiones no enfrena,
 "Es un grano de fragil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

Escuchando las voces del mundo,
 Escuchando esa falsa armonía,
 El no mira lo bello del día
 Ni contempla del sol el brillar.
 Dirigiendo sus ojos al suelo,
 La tormenta no mira que truena;
 "Es un grano de frágil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

Él no goza la gloria sublime
 Siempre viendo fatal el quebranto,
 Y sintiendo en sus ojos el llanto
 Y en su pecho el acerbo pesar:
 Caminando sin luz y sin guía
 De este mundo el encanto le llena:
 "Es un grano de fragil arena
 Que en las olas se pierde del mar."

Calló su voz la encantadora virgen
 Que me hizo estremecer con su armonía;
 El viento se llevó la melodía.....
 Ha tornado el silencio sepulcral.....

Vuela mi mente á repasar la vida,
 Mis ojos vierten dolorido lloro,
 Entre tumbas de marmol y de oro
 De una cruz sobre el rico pedestal.

Silencio santo que en el alma grata,
 Tiernos recuerdos de virtud inspira,
 Encuentra el corazón cuando suspira
 Pero suspiros de inocencia y paz.
 Mi pensamiento altivo se remota
 Arrebatado en éxtasis divino,
 Cuando las flores á mirar me inclino,
 Cuando siento mis lágrimas bajar.

Aquí sorprenderáme la mañana
 Postrado en medio del silencio augusto,
 Oyendo el himno que levanta el justo
 En el templo sagrado del Señor.
 Donde su voz alzaba pura virgen
 En el claustro bendito y silencioso,
 Donde encuentra el mortal puro reposo
 Cuando levanta su plegaria á Dios.

JOSE MARIA LAFRAGUA.

LAMENTOS DE UNA MADRE.

¿Por qué, á mi dolor impío
Huyendo el mísero suelo,
Volviste á tu patria, el cielo,
Y me dejaste, hijo mío,
Hundida en eterno duelo?

¡Qué! ¿Mis lamentos no oíste?
¿Mi faz no pudiste ver?
¿Mis besos no recibiste,
Ni mis lágrimas sentiste
Sobre tu rostro caer?

¿No viste que quise loca
Con mi sér tu sér comprar?
¿No te sentiste abrazar
Cuando mi boca en tu boca
Su aliento quiso inspirar?

¿No siempre que el sol salía
Cabe tu cuna me hallaba?
¿No siempre que se ponía,
Á tu lado me dejaba?
¿No allí la luna me vía?

¿No la existencia te dí
Con riesgo de mi existencia?
¿No fuiste, ingrato, dí,
El solo objeto que ví
En medio de mi dolencia?

¿Y no tu sueño velando,
Mi párpado el sueño huyó?
¿Y quién tus males curó?
¿Y quién, tu vida mirando,
A sus pechos te crió?

¿No tu labio repetía
Lo que mi labio dictaba?
¿No fuí de tus pasos guía,
Y si llorabas, lloraba,
Y si reías, reía?

¿No templaban tu dolor
Mis caricias? ¿A tu ardor
No cumplía mi cariño?
¿Por qué, pues, ingrato niño,
Por qué esquivaste mi amor?

Y este amor, que era mi vida,
Que era el alma de mi sér,
¿Hoy será, triste mujer,
Ilusión desvanecida,
Vaga memoria de ayer?

Sí; pasó ya mi ventura
Como relámpago breve
Que brilla en la noche oscura;
Como un ensueño, que leve,
Calma el dolor mientras dura.

Ya nunca á ver tornaré
Tus ojos encantadores;
Ya jamás escucharé
Tus acentos seductores;
Ya no más te abrazaré.

Ya tu labio de coral
No se imprimirá en mi frente;
Ni tu frente angelical
Sellará mi labio ardiente
Con el beso maternal.

Oye, niño; yo te amaba
Más que la flor al rocío,
Porque en tu rostro miraba
Una imagen que adoraba;
Te amaba porque eras mío;

Porque en tus venas corría
Sangre de mis venas, sí;
Porque tu vida era mía,
Porque. . . Dios lo quiso así,
Y así quererlo debía.

Porque así lo decretó
Cuando á la mujer no en vano
El nombre de madre dió,
Ni en balde en su alma gravó
Este afecto sobrehumano.

Aqueste amor, que es tan puro
Como el amor de Dios mismo;
Noble como el heroísmo,
Y al que con hábito impuro
Nunca empaña el egoísmo;

Que como el sol por sí luce,
Él por sí solo subsiste;
Y extraño impulso resiste,
Y vive y se reproduce
Y de mil formas se viste.

Que al niño en la cuna vela,
Vela moribundo al hombre
Su cuerpo en la tumba vela,
Salva de olvido su nombre,
Y á sus hijos lo revela.

Que es santo como su honor,
Encantador cual la gloria,
Como el placer seductor,
Osado como el valor,
Más dulce que la victoria.

Con este amor te adoraba:
Tú eras mi orgullo, mi bien;
Sólo por tí suspiraba,
Mi universo en tí miraba,
Tú eras mi gloria, mi edén.

Me era tu acento hechicero,
Me era grata tu sonrisa,
Como el iris al viajero,
Como el puerto al marinero,
Como al pastor es la brisa.

Y ageno de compasión,
Así mi esperanza engañas?
Así burlas mi pasión?
¡Oh hijo de mis entrañas!
¿Por qué huyes mi corazón?

¿Por qué á la tierra veniste
Si al cielo volar debías?
¿Por qué te amé y me quisiste?
Por qué tan bello naciste,
Si al fin de morir tenías?

¿Por qué? . . . Pero mi tormento
Mira el mundo y no lo entiende
Y oye impasible mi acento . . .
Sólo una madre comprende
De una madre el sentimiento.

Lo que es á un hijo abrazar
En amoroso delirio,
Sólo á ella es dado gozar:
Sólo á ella es dado preciar
De perderlo el cruel martirio.

Cuanto amaba yo en la tierra,
Mi esperanza, mi quietud,
Mi porvenir, hoy se encierra
En un lúgubre atahud
Que ávida la muerte cierra,

De esta ventura que pierdo,
Ventura que ayer gocé,
Tan sólo ha quedado ¡aymé!
Vago, fugaz un recuerdo,
Y un lastimoso ¡ay que fué!

Y sola y triste y llorosa,
Los días veré pasar;
Veré los años llegar,
Abrirse veré mi losa,
Veré mi vida acabar.

Y tú, hijo mío, en tanto
 A Dios cantarás loores,
 Dejando correr mi llanto;
 Que no podrán ¡ay! tu canto
 Interrumpir mis clamores.

Mas con la muerte vendrá
 La dulce, anhelada calma,
 Que el pecho presiente ya;
 Y huyendo este mundo, irá
 A unirse á la tuya mi alma.

ANTONIO LARRAÑAGA.

A mi primer amor.

¡Qué dulces son los placeres
 Que causa el amor primero;
 Y qué gozo tan sincero
 Se disfruta al palpar!

De venturas rodeados
 Y de risas é inocencia,
 Purísima complacencia
 Nos hace el amor gozar.

¿Te acuerdas, Ángela mía,
 Cuando al salir de la infancia,
 Me prometiste constancia
 Y te dí mi corazón?

Tu voz dulce fué más grata
 Á mis oídos, que cuando
 Entre rosales vagando
 Fragante el air a sopló.